

Borrador del texto:

“A propósito de los últimos dibujos acerca del héroe”. En: Power, Kevin (ed.). *Story Book / Story Board*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander, 2010, pp. 138-441.

A PROPÓSITO DE LOS ÚLTIMOS DIBUJOS ACERCA DEL HÉROE

En 1989 los países socialistas del Este europeo festejaban el derrumbe del Muro de Berlín: emblema –de más está decirlo– construido en 1961 para resguardar simbólicamente los estatutos de la Guerra Fría. Derrumbe y festejos anunciados por Mijail Gorbachov en su visita relámpago a La Habana en 1989. Visita que hizo palpable el cese de la asistencia desigual y privilegiada de la órbita socialista para con el socialismo cubano, cuya burocracia política, ante el déficit económico e inseguridad política que implicaba tal desamparo soviético respecto a su futuro, diseña una secuencia de eventos en torno al héroe: primero, en junio de 1989, el enjuiciamiento por narcotráfico y la condena a fusilamiento del General de Ejército Arnaldo Ochoa, quien recibiera en vida, por sus hazañas militares internacionalistas en Etiopía, Nicaragua y Angola, la condecoración de Héroe Nacional de la República de Cuba; y luego, en diciembre del mismo año, una vez firmado por Sudáfrica, Cuba y Angola en 1988 el término de la Guerra Civil de esta última nación –con el que además de independizar a Namibia concluían más de quince años de misión militar cubana en decenas de países africanos, árabes y latinoamericanos y por ende la agonía recolonizadora materializada durante la Guerra Fría– la devolución a suelo patrio por el gobierno cubano de sus víctimas de guerra. En breve: nuevamente se suceden el castigo y el dolor como elementos ejemplarizantes y salvíficos.

De tal atmósfera emerge en 1991 el denominado Período Especial en Tiempo de Paz: hasta hoy –aunque por momentos el discurso gubernamental insinúe haberla superado– última fase en la que se haya el proceso revolucionario cubano. Hablo de una sociedad en la que a partir de dicho Periodo comienza a mermar la fe en el gran relato –épico– nacional y se abre paso al compromiso con la narración minúscula; en otras palabras: se inicia una mutación social en la que se impone la ley de la supervivencia, con lo cual comienza a visualizarse públicamente hasta su normalización simbólica, un “nuevo tipo” de héroe que, si bien no es reconocido oficialmente, sí es socialmente aprobado, e incluso celebrado: el estafador, el traficante, el proxeneta, la prostituta, el demente, o el chasqueado político, son todos sobrevividores en una temporalidad imprevista para la que no han sido preparados. De ahí que su (re)orientación se haga aún más inconsistente, aunque no por ello menos eficaz. Sobrevividores que, después de más de quince años de salir a la luz, devienen estereotipos de convivencia cotidiana, noticiarios internacionales, y mercadeo artístico y político, siendo esta idea una de las motivaciones básicas de mi obra *Últimos dibujos acerca del héroe* (2006-

Borrador del texto:

“A propósito de los últimos dibujos acerca del héroe”. En: Power, Kevin (ed.). *Story Book / Story Board*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander, 2010, pp. 138-441.

2008), articulada en dos parcelas: el vídeo en tanto que soporte documental gestor de la inmediatez del registro y permisivo del diálogo directo, casi personal, entre el declarante y el espectador;¹ y el dibujo que, aparentando un *storyboard*, reproduce cierto instante documental hasta coagular su metáfora como estereotipo. Referencias con las que vamos a echar una rápida mirada a uno de los eventos subrayados en los *Últimos dibujos...*: el dolor administrado y su relación con el chasqueado político.

Con las víctimas de guerra traídas de África en 1989, el capital simbólico dolorífero cubano pasa de cultivar la convivencia con el dolor ajeno —es decir el dolor del héroe museificado cuya contribución a la obsesión por hacer correr la sangre no ha podido ser más eficaz—, a espectacularizar la resignación de sentir el dolor propio: «El dolor que uno siente, lo que lleva por dentro, eso no tiene cura jamás. Ningún médico cura esto, ni el pasar de los años tampoco porque han pasado años y esto no tiene cura»; expresa Sonia —viuda de un militar cubano muerto en Etiopía— en el *Episodio negro* de la serie documental *Cuentos cortos* incluida en mi libro *Otra isla para Miguel* (2008), a propósito del desencanto que le causó el abandono moral del presidente etíope Haile Mariam para con las víctimas cubanas. Si bien el sentimiento del dolor propio ofrece aquí la oportunidad para hacer patente la insistencia moral burocrática de que: si todos arriesgamos la vida por todos, todos debemos participar del sufrimiento consecuente. Por otro lado, dicho dolor —sensación física y emocional— deviene en elemento generador de una merma importante alrededor de la fe en tal insistencia moral, puesto que, el velatorio nacional de 1989 dedicado a los Internacionalistas muertos en África, no aborda el pasado de las víctimas propiciatorias; emplea el mismo como recurso fáctico para resguardar el futuro del poder. De tal modo, teniendo en cuenta que nada estimula más el credo que la posibilidad de realizarse a través de la intimidad con el Supremo Hacedor, era lógico que la violencia del dolor dispuesta en dicho velatorio se diera a la tarea de superar el uso perverso del efecto santificador sacado a los grandes héroes nacionales, reintroduciendo su legado simbólico en los niveles más íntimos de la comunidad; esto es: colectivizar el ejercicio hagiográfico induciendo la santificación simultánea de cada víctima por su familia correspondiente en algún espacio hogareño museísticamente preparado. Al respecto, las hijas de Sonia, quien a veces piensa que su esposo «no debió haber ido» a la guerra —«se hubiese quedao aquí y hubiésemos enfrentao la vida aquí, y luchao aquí los dos. Porque he pasao yo sola mucho, mucho con mis dos hijas, mucho», es la conclusión que coloca a Sonia en el grupo de los chasqueados políticos—, son parte del relevante porcentaje que ha perdido la fe en

¹ Machado, Mailyn, (2005), “De la intervención en lo real a la arqueología de la Historia” en: *La gaceta de Cuba*, N° 4.

Borrador del texto:

“A propósito de los últimos dibujos acerca del héroe”. En: Power, Kevin (ed.). *Story Book / Story Board*. Santander: Autoridad Portuaria de Santander, 2010, pp. 138-441.

la insistencia moralista burocrática. Ellas representan el tipo de víctima secundaria que ha suspendido el orgullo patrio para ir a por una dignidad humana individualizada. Por lo tanto, consecuentemente, nunca van al nicho institucional de su padre localizado en el Panteón de los Caídos por la Defensa: «Cuando su papá cumple años y el día de los padres, le ponen flores en su casa», señala Sonia. No obstante, por muy generalizada y asidua que puedan resultar dicha suspensión del orgullo y tal búsqueda de la dignidad, su práctica no opaca los buenos resultados obtenidos por la tradición burocrática en cuanto a la colectivización del dolor y la gestión de existencia de una versión hagiográfica del mismo en cada hogar. Pues, la nobleza del dolor institucionalizado, es decir la revalorización del dolor físico y moral como algo magnánimo e indulgente, es producto de una constancia de dominación para con el ámbito social y su correspondiente trabajo de inculcación en la identidad e intimidad individuales. Lo cual, al término de cada ciclo de cultivo dolorífero premeditado por la Revolución, ha ido quedando (re)inscrito como un hábito intenso, rehaciéndose, lógicamente, como una ley social asimilada. El dolor institucionalizado, afirma inclusive respecto a toda la comunidad –varones y hembras por igual– ese concepto relacional que, al decir de Pierre Bourdieu en *La dominación masculina* (1998), es la virilidad: la que ha dejado al margen toda ternura y benevolencia debilitadoras, no sin haber estipulado antes, también como signos de debilidad patriótica, el cansancio, el lamento, y el desencanto.